

Dos Nuevos Museos En Washington

SERGIO MONTECINO MONTALVA

En Estados Unidos las colecciones más importantes y valiosas han sido producto de la iniciativa particular. Y ha sido por esta preocupación de ciertos espíritus selectos y sensibles, que consiguieron reunir primero para sí y después al legarlas al Estado, que la posteridad esté posibilitada para admirar y gozar en la contemplación de ciertas joyas del arte universal. De esta manera, el Estado norteamericano ha pasado a ser propietario de grandes obras maestras debido a los legados de quienes en la hora de su muerte han hecho cesión de sus colecciones que supieron reunir religiosamente y pudieron evitar, de esta suerte, que ellas permanezcan ocultas, se desperdiquen y sean desconocidas. Existen muchos ejemplos de estos nuevos mecenas cuyos nombres han quedado incorporados en la historia de las artes de modo imborrable. Bástenos citar los de Dale, Mallon, Widner, en la National Gallery de Washington, Frick y Guggenheim, en Nueva York. A ellos sumemos los nombres de Phillips y Hirshorn que han creado museos propios en la ciudad de Washington y a los cuales deseamos referirnos en esta crónica.

Hemos escogido estos dos museos porque marcan, sin duda, el comienzo y la continuación de la pintura moderna en la actividad cultural de Estados Unidos.

Phillips creó su colección en los alrededores de 1920, cuando terminada la Primera Guerra Mundial marchó a Europa para adquirir obras concebidas bajo los nuevos postulados estéticos que le apasionaban sobremanera. Y en esta actitud está la perspectiva histórica de su iniciativa que permitió que Estados Unidos pudiese admirar en conjunto, por primera vez, las obras de los mejores maestros a partir de Cézanne. En 1959 tuvimos la oportunidad de visitar esta colección. Era un museo íntimo, sin la grandiosidad de los grandes museos de otras ciudades, pero que mantenía una selectividad admirable. Después de quince años nuevamente lo visitamos, el hijo pequeño había crecido, pero felizmente conservando todo el ámbito de recogimiento e intimidad con que fuera creado por su dueño. Visitar la colección es como llegar a una casa de un amigo que abre sus puertas sin estridencias ni aparatosidad.

Un nuevo cuerpo edificado contiguo a la primitiva propiedad facilita el desplazamiento del visitante. Para algunos, el Phillips es en Washington "el museo regalón", y lo es por el encanto que produce admirar tan silenciosamente y en recogimiento, como si fuese en nuestra propia casa, las magníficas obras que cobija. (Acaso podría decirse de este edificio, de estas colecciones, la frase que Miguel Angel usaba para referirse a Santa María Novella, su Iglesia preferida de Florencia. La llamaba "la mia fidanzatta" ("Mi novia", "mi prometida").

El Museo ofrece al visitante cinco telas fundamentales en la obra de Cézanne. Entre ellas un Autorretrato y su paisaje "La Montaña de Santa Victoria con dos pinos" y que posee las siguientes dimensiones: 60 × 73 cm.

En el nuevo edificio levantado existe una sala completa con obras de Bonnard (diecisiete en total) que le confieren al museo el privilegio de ser el que posee el mayor número de cuadros de este gran pintor y que para algunos es el más eximio paisajista del siglo XX. Vecina a este conjunto otra sala con diversas obras de Klee. En el hall de entrada ocho obras de Rouault, "El parque", de Van Gogh, y el célebre cuadro "La revolución", de Daumier. Las obras mencionadas son algunas de las que enriquecen la colección y sería fatigoso entrar en detalles para señalar algunas otras.

Sin embargo, no podemos silenciar una de las obras cúspides de Renoir: "Le déjeuner des canotiers". Un notable óleo de 1,72 × 1,20 m.

Tanto en esta obra como en otras tantas del maestro impresionista, se hace visible la esencialidad de su autor para recoger del movimiento lo que él posee de impalpable, de fugitivo, de luminoso, de flúido. En esta obra tan soberbia, Renoir, con una pintura de tonos fundidos, sin pasos bruscos, explaya su sensualidad, exalta con sana franqueza la alegría de vivir, la naturalidad. Es un homenaje y canto a la vida plentera que se ve reflejado en la actitud de los personajes, en las miradas, en las bocas, los gestos. Tras las carnaciones lisas y nacaradas de la piel, irisantes como perlas, nos imaginamos percibir la circulación de la sangre bajo esos cuerpos. La emanación de la naturaleza en su viviente esplendor. Un canto panteísta, en suma.

La obra data del año 1881. En ella han sido retratados la futura señora Renoir, Alfonsina Fournaise, la bella y hermosa hija del propietario del restorán y otros personajes (Mlle. Henriot,, Ellen Andre, posiblemente Riviere y otros amigos del pintor). Todos ellos pasan a la posteridad no por ser quienes fueron, sino que por haber sido pintados por Renoir.

Volvamos la mirada y continuemos con el nuevo Museo Hirshorn.

Después de cincuenta años de la existencia de la colección Phillips, Washington posee otro gran Museo de Arte Moderno y que diríamos, viene a ser complemento de su National Gallery. Y es el museo fundado en 1974 por Joseph Hirshorn y que lleva su nombre. Un israelita que sin poseer nada se convirtió de la noche a la mañana en el dueño del uranio de Estados Unidos, y con la hermosa y laudable salvedad que era aficionado a las artes.

En corto tiempo y con gran espíritu de selección juntó obras notables y, como su mansión se hiciera estrecha para albergarlas, un buen día dijo al presidente Johnson: "Presidente, Gran Bretaña me hace una oferta para que mis colecciones se vayan

a ese país. Le hago una proposición. Ustedes, el Gobierno, construyen el edificio y yo regalo mis obras de arte al Estado. ¿Qué le parece?"

El ofrecimiento fue aceptado y hoy es una maravillosa realidad!

Lo que se exhibe al público es sólo la mitad de lo que fueron las colecciones del magnate. El resto permanece en bodegas y se exhibe periódicamente, en diversas ocasiones especiales. El nuevo museo viene a quedar casi frente a la National Gallery y la solución arquitectónica, pese a que ha sido duramente criticada por antiestética, tiene los adelantos funcionales más inteligentes como para que el visitante recorra los tres pisos del edificio sin dejar de admirar ninguna sala. Son dos galerías que corren paralelas; en una de ellas se reúnen las esculturas y en la otra se han colgado las pinturas. El mérito de Hirshorn, a nuestro juicio, es que también se preocupó de adquirir obras de artistas latinoamericanos. En general, tanto los Museos de Arte Moderno de Europa como los de Estados Unidos, pecan porque casi siempre son los mismos autores los que se exhiben, a lo que habría que añadir que como sello de modernidad en sus pórticos o jardines de entrada de todos estos museos, se alzan infaltables una escultura de Henry Moore por un lado y de Calder por el otro. Por lo menos en este museo, fuera de Roberto Matta, nuestro compatriota, y Wilfredo Lamb, el cubano, hay obras de venezolanos, argentinos y otro chileno: Gastón Orellana, con una obra de gran dimensión titulada "El tren en llamas" y que representa una serie de vagones que corren a gran velocidad y comienzan a despedir llamaradas y humo por un incendio.

Lo impresionante de este museo es admirar lo que se denomina "El jardín de las esculturas" que queda situado fuera del edificio, unido sí por un pasaje subterráneo al museo propiamente y que puede ser visitado independientemente paseando por el Parque del Mall. Allí nos encontramos con una réplica de "Los burgueses de Calais" y el "Balzac" de Rodin. "La niña que pasea su bebé" de Picasso. Y hay otras obras de Bourdelle, Pomodoro, Manzú, etc. La solución de este recinto de las esculturas tiene la misma configuración que el arquitecto Mies van der Rohe dio a la National Galerie de Berlin Occidental en el sector donde se exhibe al aire libre la colección de esculturas.

Con la incorporación de este imponente museo a su patrimonio artístico, la vida cultural de Washington adquiere —enhorabuena— una nueva y atrayente dimensión. Y este atractivo es aún mayor si a sus Museos de Arte emplazados en la extensa avenida llamada de los Monumentos se agrega, todavía, el recientemente inaugurado Museo del Aire y del Espacio, abierto al público el día 4 de julio como uno de los actos conmemorativos del Bicentenario de la Independencia del país, y en el que se exhiben, entre otras, las obras vitales de la aeronáutica: el avión de los hermanos Wright, el avión de Lindberg, el módulo que se encumbró a la Luna y el vehículo que recorrió su superficie, testimonio de las hazañas más notables emprendidas por el hombre en el siglo XX.